

recuerdos fúnebres; no nos mueve más que á llanto, no nos hace gustar sinó amargura, no nos inspira sinó plegarias. En la muerte de María Santísima, nos sucede lo contrario, porque sabemos que la liberta de todas las miserias de la vida. Asi es también la muerte del católico, que le arranca de la tierra donde la Cruz es despreciada, donde puede perder la gracia á cada paso, ofendiendo nuevamente á Dios. La muerte que nos traslada á la gloria, que nos introduce en los eternos tabernáculos, que nos desnuda de la miseria como de nuestro propio traje, vistiendonos del glorioso de la inmortalidad; semejante muerte, digo, no es muerte; hay que cambiarle el nombre: esa muerte es la vida, esa muerte es una gracia.

Añadamos ahora que la resurrección de María fué para ella un triunfo.

PUNTO SEGUNDO.

LA RESURRECCIÓN DE MARÍA ES UN TRIUNFO.

No bastaba, A. H., á esta criatura purísima é inocente, que su muerte fuese santa y sin agonía, sinó que la era menester una resurrección que fuese un triunfo. Teniendo que guardar en todo semejanza su suerte con la suerte de su Hijo, hasta su cuerpo sin mancha debía ser preservado de la corrupción. Aquí, H. M., debo haceros observar una diferencia, que quizás no hayáis notado bastante. ¡Cuán llena de amargura, de angustias y de desconsuelo fué la muerte de Jesucristo en el Calvario! Con la cabeza inclinada, con aquella poderosa exclamación que se dejó oír en todo el universo trastornado, y á punto de volver al caos primitivo, nos sugiere una terrible idea; la idea de un Dios quo se lamenta, de un Dios anegado en amarguras, y cercado de desconsuelo. María, por el contrario, tiene una muerte dulce, tranquila, acompañada, y llena de consuelos. ¿De dónde esta diferencia? ¿Es el Criador menos que la criatura? Nó: esa diferencia consiste en que, representando el Hombre-Dios en el Calvario á la humanidad culpable, tenía que expiar los pecados de todo el mundo, mientras que María, emblema de la inocencia, y símbolo de la virginidad, debía enseñar al mundo lo que es la muerte del justo descargado de culpas propias y ajenas; muerte tranquila, dulce, y llena de consolaciones; un sueño delicioso del que se despierta en la bienaventuranza. Ahora bien, H. M.: la diferencia de Jesús y María en la muerte, no tenía por que extenderse á la resurrección, la cuál fué en María una victoria ilustre, un glorioso triunfo, como la de Jesús.

Desde el principio del mundo, todos los hombres pagan tributo á la muerte, tan sin excepción, que el ángel que preside el término de la vida humana había visto descender al sepulcro á todos ellos, entregados al fúnebre sueño que no debe ser interrumpido sinó por la trompe-

ta del Arcángel en el día último. Pero hé aquí, H. M., una criatura, una simple hija de Adán, revistiéndose de vida en el seno mismo de la muerte. Cierto es que nuestro Salvador había salido del sepulcro; pero siendo Dios, nada tiene de extraño que triunfara de la muerte. Lo admirable es que María, humilde criatura, saliese igualmente de él. Explícase esta semejanza en una y otra resurrección, por la parte que á la Virgen toca en la de Jesucristo, habiéndola tenido en sus virtudes, inocencia y santidad. Por eso el sepulcro es teatro de la más brillante victoria de María. ¡Qué pensamientos tan consoladores, A. H., se ofrecen aquí al cristiano! ¡Cómo sabe la religión reparar admirablemente las pérdidas que se le hacen sufrir! Traed á la memoria aquellos días de triste y dolorosa recordación, en que nuestros primeros padres, á consecuencia de su delito, y después de haber amargado el porvenir de todo el mundo, fueron arrojados del paraíso de delicias. Entonces fué colocado un Angel á la entrada para defenderla; y hoy todos los Angeles bajan de la Corte Celestial para acompañar á la excelsa criatura que, para la reparación de aquella pérdida fatal, viene á tomar, en nombre del género humano, posesión del Cielo de donde había sido desterrado. En esto consiste lo más brillante del triunfo de María, en que toma posesión de la bienaventuranza eterna, no para sí, sinó en voz de la humanidad entera, que, en cierto modo, constituye su gran familia adoptiva. Sí, cristianos: con María, nuestra Madre, ocuparemos nuestro sitio en el seno de la eternidad. Sí, porque María ha entrado en posesión del Cielo, para darlo á sus hijos, distribuyendo las gracias que en él se encierran. Los que conocen lo que es el corazón de una Madre, obra la más bella y principal que ha salido de las manos de Dios, comprenderán bien que la Virgen Santísima se complace más en dar, que en recibir; comprenderán que su mayor gozo está en colmar á sus hijos de gracias y de bendiciones. ¡Ah! ¿Cómo había de tener el Corazón de María, el Corazón que sirvió de morada á Jesucristo, Corazón formado por las manos divinas, peores cualidades que el corazón de las otras mujeres respecto de sus hijos? De ningún modo. El triunfo que hoy alcanza, al hacer su entrada en el Empíreo, no la parecería completo, si no pudiera asociar á él todos sus hijos. La gloria que hoy alcanza sería mirada por nuestra Madre celestial como cosa molesta, en tal sentido, si no esperara verse un día rodeada de sus hechuras. Ya ahora compone la Corte de María una buena porción de su familia; y sin embargo, hay aún muchas almas ausentes á las que sus maternales ojos buscan con afán. Todavía hay en el Cielo muchos troncos vacíos, y palmas, en gran número, que aguardan la mano del vencedor, que ha de cogerlas, y muchas coronas aún no concedidas. María se parece á la madre que no tiene junto á sí á todos sus hijos. Inútil es que los que la rodean llenen los huecos para que no se echen de menos los hijos que faltan; porque el corazón de una madre no se deja deslumbrar, teniendo siempre puesto el pensamiento en los ausentes. No olvidemos, pues, que nuestros hermanos mayores han llegado ya á puerto de descanso, y que nos

aguardan. Indudablemente hoy se habla de nosotros en el Cielo, con pláticas relativas á nuestros deseos y esperanzas; sin duda alguna, H. M., el nombre de cada uno de nosotros es pronunciado por dos voces, cuando menos, que conocemos bien, y cuyo acento no nos es extraño. Quizás junto á María se halle ora la madre que nos dió el sér corporal, ora la persona que hizo sus veces, cuidando de nuestra infancia, ora, en fin, alguna de las que contribuyeron á nuestra educación, y nos enseñaron á servir á nuestra Madre celestial, y nos inspiraron amor á ella, y nos instruyeron en el culto que debíamos tributarla, identificando el del hogar doméstico con el de la Iglesia, juntando en uno el recuerdo de la religión y el de la familia; ¿podremos dudar de que las personas que tanto nos amaron en esta vida, y nuestra divina Madre que tanto nos ama aún, hablarán de nosotros en el Cielo, regocijándose de nuestra fidelidad á la Virgen Santísima, y á la buena memoria de ellas, ó entristeciéndose del modo que allí es posible, al notar nuestra tibieza? Pensemos, H. M., que allá arriba hay un sitio destinado para cada uno de nosotros, y que el no ocuparlo ha de ser por culpa nuestra solamente. Reflexiona ¡oh cristiano! que negánfote á ocupar tu asiento en la gloria, no solamente serás cruel contigo, sinó con el tierno Corazón de María, en el cual dejarás un vacío por tu parte, si le privas del placer de contarte en el número de sus bienaventurados hijos, que participan de su gloria, y de su eterna felicidad; el placer de contarte á ti, que acaso la estés consagrado desde la niñez, que acaso aprendieras á balbucear su bendito nombre ántes que el de tus padres. ¡No permita Dios que tal desgracia te suceda!

Habéis visto, H. M., cómo la muerte de María es una merced, una distinguida gracia, y su resurrección un triunfo: ahora añado que su recompensa es una coronación.

PUNTO TERCERO.

LA RECOMPENSA DE MARÍA ES UNA CORONACIÓN.

María Santísima no se había ceñido en esta vida otras coronas que la de la inocencia y la del dolor. Jesucristo, á lo menos, había visto una vez al pueblo empeñado en levantarle por soberano; otra apareció en el Tabor iluminado con el resplandor divino que bajó del Cielo, esparciéndose por su semblante, y en muchas otras más, en fuerza de sus milagros, se dejó ver rodeado de una auréola de gloria y majestad, haciéndose reconocer como Dios; y recibiendo testimonios de admiración y de respeto que le rendían las gentes postradas á sus piés. Pero María jamás tuvo cerca de sí cosa que la glorificara á los ojos del mundo. ¡Oh! Demasiado sabéis, H. M., que no hubo

nunca criatura más humilde, más modesta, ni más visitada de Dios con tribulaciones. Su corazón era como el punto de confluencia de infinitos padecimientos, y su pecho, con ser de la criatura más perfecta y más amada de Dios, fué como otro calvario, donde Jesucristo sintió frecuentemente los agudos dolores de que María participaba con él. Pero en este día ha terminado el destierro; la corona de espinas se cambia en corona de gloria, siendo María consagrada Reina del tiempo y de la eternidad. ¡Oh! ¡Qué hermoso espectáculo es, H. M., el que ofrece un Hijo amado, ciñendo con sus manos inmortales, la cabeza de su Madre, extática de gozo, con una corona que ha de durar tanto como la eternidad! ¡Cuán bella es también nuestra religión; la religión cuya primera página nos presenta un Angel y una Virgen: la Virgen de rodillas, y el Angel saludándola, y después de hacernos asistir á todas las solemnidades intermedias, nos muestra, para cerrar este círculo de grandeza y de magnificencia, no ya una Virgen y un Angel, sinó una Madre y su Hijo; una Madre que es pura criatura, y su Hijo que es Dios; una Madre que entra en el gozo de la eternidad, y su Hijo, con el corazón rebosando de alegría y felicidad, que coloca en la frente de la Madre la corona de los elegidos, levantándola sobre todo lo que es mortal y puramente criado, y aproximándola tanto á su gloria divina, que la sumerge en el esplendor de los Santos, y casi en la grandeza del mismo Jesucristo.

Ved aquí, H. M., la coronación de María. Reflexione ahora cada uno de vosotros, diciendo en su corazón: si mi madre estuviese sentada en un trono, no temería yo que me olvidase. Pues bien: aplicad esa misma reflexión, si no á vuestra madre terrena, á vuestra Madre celestial. En cierto modo, podéis participar de la largueza de María Santísima, más que Jesucristo en su vida mortal. La Madre de Jesús era una mujer humilde de Judea, sin otro poder ni facultades que las de mezclar sus lágrimas y dolores con los dolores y lágrimas del Salvador. Pero nuestra Madre no es ya la Madre del Crucificado; nuestra Madre es Reina del Cielo; nuestra Madre puede mandar, y manda en efecto, á la muerte, y es obedecida de ella. No son, es verdad, esos privilegios propios de su naturaleza; pero los posee por gracia de su Hijo; lo cual os persuade de que también vosotros podéis aspirar á su augusta é inmortal recompensa. En efecto: si os abrazáis con la inocencia y la virtud, á ejemplo de María, también para vosotros llegará el día del triunfo; el día de vuestra ascensión gloriosa; el día de vuestra coronación en el mismo seno de la eternidad. ¡Tánta es, H. M., la grandeza del cristiano! Nada hay sobrado alto para él, porque Dios, que se le une sobre la tierra en el venerable Sacramento de la Eucaristía, Dios que ha depositado en su corazón el germen de la gloria y de la inmortalidad, quiere asociarle á sí un día en el esplendor de los Santos, por medio de esta magnificencia que es su triunfo. ¡Tal es también la suerte de todos los cristianos! Como María, son consagrados reyes en las fuentes bautismales, reyes, no para el tiempo, sinó para la eternidad.

Conformémonos, pues, hoy, H. M., con este gran pensamiento de la fe, con tan generosos y sublimes sentimientos. Suspendamos por un instante las preocupaciones que nos sujetan á la tierra, y seamos, á lo menos con el espíritu, habitantes del Cielo. Vayamos anticipadamente á probarnos, en cierto modo, la corona, y á tomar posesión del trono que nos aguarda. Todo nos es posible con la gracia; y por lo mismo debemos utilizar el día de hoy para conseguirla. En la solemnidad presente, no negará María cosa alguna; porque la fiesta de la Madre es de mercedes para los hijos. ¡Qué padres hay, que en sus días no se complazcan en hacer regalos, y distribuir á manos llenas favores entre sus hijos! La festividad es, en todo el universo católico, festividad de gracias y mercedes. Paréceme que oigo al Padre Eterno dirigiros las mismas palabras que, según San Bernardo, dirigió á su Hijo al enviarle al mundo, y enseñándole de lejos la Cruz del Calvario, y el Sepulcro: «Vé, Hijo mío, y salva á los hombres. Distingo bien el cáliz amarguísimo que has de beber, porque tu vida será una cadena de tribulaciones; pero en el curso de tu vida evangélica, hallarás un refugio donde tomar aliento y consolación: el refugio que te preparo en el Corazón de María.» Pensad, A. H., en la exactitud con que puede ser aplicada á vosotros esta misma exhortación. Vuestra vida, como la de Jesucristo, es una larga serie de tribulaciones, un continuo penar, una especie de pasión, un perpetuo sacrificio, un holocausto incesante; pero también como á Jesucristo os ha proporcionado Dios una Madre. ¿Qué digo una Madre? Dos son las que os ha concedido, mientras que para guiaros al Cielo no os dió más que un solo Angel. Dos madres tenéis: una en la tierra, la cual ha recibido en su corazón un rayo del divino fuego que arde en el seno de la Santísima Trinidad; y otra en el Cielo, donde ejerce una omnipotencia soberana, y la cual os espera y llama á su lado, haciéndoos comprender que, donde está la Madre, debe también hallarse el hijo.

Pedid, pues, A. H., en este día solemne, en este día de gracias, por todos aquellos á quienes amáis; por vuestros padres, por vuestros amigos, por vuestros difuntos, y por las ánimas del purgatorio. Hoy no debe haber sinó un corazón y un alma entre todos los que celebran devotamente la gloriosa Asunción de María Santísima. Trayendo á la memoria vuestra primera unión con Dios, y las veces que os habéis consagrado á María Santísima, suplicadla muy de veras, que, como amorosa Madre, os tome nuevamente bajo su patrocinio, y que desde el Cielo, donde mora, os envíe su maternal bendición, dirigiéndoos una de sus poderosas miradas que animan y defienden, á fin de que, después de haberla amado, honrado y servido en este mundo con tierna solicitud y ardiente devoción, alcancéis la dicha de verla, tal cual siempre ha sido para vosotros, bondadosa Madre, en la bienaventuranza eterna.

BOSSUET

INSTRUCCION FAMILIAR.

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN — Entrada triunfal de María en el Cielo.

SUBDIVISIONES.—1. Su Divino Hijo sale á recibirla.—2. Aclamaciones de los Santos.—3. Saluciones de los Santos.—4. Saluciones de los Angeles.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN.— Elevación de María en el Cielo.

SUBDIVISIONES.—1. Sobre los Angeles.—2. Sobre los Santos.

Beatam me dicent omnes generationes.
Todas las generaciones me llamarán bienaventurada.

(Luc., 1, 48.)

No sería mejor, A. H. M., que nuestra santa madre la Iglesia, en vez de exhortarnos al regocijo, nos inspirase tristeza, haciéndonos derramar lágrimas de dolor al presentarnos nuestra excelsa Madre abandonando la tierra, y dejándonos privados de su dulce compañía? Pero nó; la Iglesia está en lo justo al invitarnos á que nos regocijemos. Alegrémonos, pues, en el Señor, celebrando la presente festividad en honor de María. He dicho que la Iglesia estaba en lo justo, porque si realmente amamos á nuestra Madre, debe llenarnos de júbilo su gloria, más que de desconsuelo su separación. ¿Quién es el hijo que no se mostraría contento de apartarse de su madre, si supiese que iba ésta á tomar posesión de un reino? María nos deja para ir á ceñirse la corona del Empíreo: ¿cómo no nos hemos de regocijar de su ventura si de veras la amamos? Alegrémonos todos; entreguémonos al júbilo; regocijémonos; y para consolarnos mejor en su ausencia, consideremos: 1.º *Cuán gloriosa fué su triunfal entrada en el Cielo.* 2.º *Cuán elevado está el trono donde se sienta.*

AVE MARÍA.

PRIMERA CONSIDERACION.

ENTRADA TRIUNFAL DE MARÍA EN EL CIELO.

Quando vieron terminada con la muerte de Jesús la obra de la Redención del mundo, suspiraban los Angeles por el regreso de su Señor á la gloria, repitiéndole sin cesar, en sus armoniosos concier. tos, estas palabras de David: «Levantaos, dejando ya vuestro reposo,